

LA FUGA DE SHARPE

BERNARD CORNWELL

LA FUGA DE SHARPE

Richard Sharpe y la campaña de Bussaco, 1810

Traducción de Montse Batista



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Escape*

Diseño de la sobrecubierta: Calderón Estudio

Primera edición: enero de 2022

© Bernard Cornwell, 2004
© de la traducción: Montserrat Batista, 2007
© de la presente edición: Edhasa, 2007, 2022
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

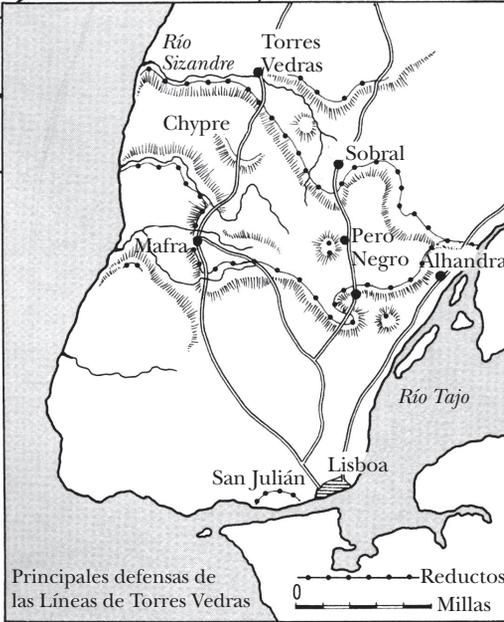
ISBN: 978-84-350-6393-7

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B. 19429-2021

Impreso en España

La fuga de Sharpe
es para CeCe



Primera parte

CAPÍTULO 1

El señor Sharpe estaba de mal humor. Estaba de un humor de perros. En opinión del sargento Harper, se estaba buscando problemas, y Harper rara vez se equivocaba acerca del capitán Sharpe. El sargento Harper conocía lo bastante bien a su capitán como para no trabar conversación con él cuando Sharpe se hallaba de tan mal talante, pero, por otro lado, a Harper le gustaba vivir peligrosamente.

–Veo que le han zurcido el uniforme, señor –dijo alegremente.

Sharpe hizo caso omiso del comentario y siguió marchando, subiendo por la desnuda cuesta portuguesa bajo el sol abrasador. Era el mes de septiembre de 1810, casi otoño, aunque el calor de finales de verano azotaba el paisaje como en un horno. En lo alto de la colina, a una distancia aproximada de un kilómetro y medio por delante de Sharpe, se alzaba un edificio de piedra que parecía un granero junto a una adusta estación telegráfica. Dicha estación era un andamiaje de maderos negros que sostenía un mástil alto del que unos brazos de señales colgaban inmóviles en el calor de la tarde.

–No es frecuente ver unas puntadas tan bien hechas como las de esa casaca –siguió diciendo Harper, con aire de absoluta despreocupación–, y yo diría que no lo hizo usted. Parece obra de una mujer, ¿y lo es? –Dio una entonación interrogativa a las tres últimas palabras.

Sharpe no dijo nada. La espada de caballería de hoja larga y recta le golpeaba el muslo al subir. Llevaba un fusil

colgado al hombro. Un oficial no tenía por qué llevar un arma larga como sus soldados, pero Sharpe había sido soldado raso y estaba acostumbrado a ir a la guerra con un arma como era debido.

–¿Fue alguien que conoció en Lisboa? –insistió solícito Harper.

Sharpe estaba que estallaba, pero fingió no haberlo oído. La guerrera de su uniforme, que, tal como Harper había observado, estaba muy bien zurcida, era de color verde. Sharpe había sido fusilero. No, él todavía se consideraba un fusilero, uno de los soldados de élite que llevaban el rifle Baker y vestían de verde oscuro en lugar de rojo, pero los avatares de la guerra lo habían dejado abandonado a su suerte junto a unos cuantos de sus soldados en un regimiento de casacas rojas y ahora estaba al mando de la compañía ligera del South Essex, que lo seguía montaña arriba. La mayoría de sus miembros llevaban las casacas rojas de la infantería británica e iban armados con mosquetes de ánima lisa, pero había unos cuantos, como el sargento Harper, que seguían llevando sus viejas casacas verdes y combatían con el rifle.

–Bueno, ¿quién era ella? –se atrevió a preguntar finalmente Harper.

–Sargento Harper –al final Sharpe se vio empujado a decir–, si quiere buscarse problemas, siga hablando.

–Sí, señor –repuso Harper con una sonrisa burlona. Harper era del Ulster, era católico y era sargento, por lo cual se suponía que no debía ser amigo de un hombre inglés, pagano y oficial, pero lo era. Sharpe le caía bien y sabía que él también le caía bien a Sharpe, aunque fue lo bastante sensato para no decir nada más. En cambio, se puso a silbar los primeros compases de la canción «I would that the wars were all done».

Inevitablemente, Sharpe pensó en la letra que acompañaba aquella melodía: «Una mañana, en el prado perla-

do de rocío, una hermosa y rubia doncella cogía violetas de un azul intenso», y la delicada insolencia de Harper hizo que se riera en voz alta. Entonces lanzó una maldición al sargento, que seguía sonriendo triunfalmente.

–Fue Josefina –admitió Sharpe.

–¡Vaya, la señorita Josefina! ¿Cómo está?

–Muy bien –respondió Sharpe vagamente.

–Me alegra oírlo –dijo Harper con sinceridad–. Así que tomó el té con ella, ¿no, señor?

–Sí, tomé el maldito té con ella, sargento.

–Por supuesto, señor –dijo Harper. Anduvo unos cuantos pasos en silencio y luego decidió volver a probar suerte–. Yo creía que la señorita Teresa le gustaba mucho, señor.

–¿La señorita Teresa? –preguntó Sharpe, como si aquel nombre le resultara completamente desconocido, aunque en las últimas semanas apenas había dejado de pensar en la chica de rasgos aguileños que cruzó la frontera hacia España cabalgando con las fuerzas partisanas. Sharpe miró al sargento, que tenía una expresión de plácida inocencia en su ancho rostro–. Teresa me gusta mucho –prosiguió Sharpe, a la defensiva–, pero ni siquiera sé si volveré a verla.

–Pero le gustaría –señaló Harper.

–¡Pues claro que me gustaría! ¿Y qué? Hay chicas a las que te gustaría ver de nuevo, pero no por eso te comportas como un maldito santo esperándolas, ¿verdad?

–Cierto –admitió Harper–. Ya entiendo por qué no quería regresar con nosotros, señor. Ahí estaba usted, tomando el té mientras la señorita Josefina cosía, y se lo deben de haber pasado estupendamente.

–No quería regresar –replicó Sharpe con aspereza– porque me prometieron un mes de permiso. ¡Un mes, maldita sea! ¡Y me dieron una semana!

Harper no demostró la más mínima comprensión. Se suponía que el mes de permiso era la recompensa de

Sharpe por recuperar una reserva de oro del otro lado de las líneas enemigas, pero en aquella excursión había participado toda la compañía ligera y nadie había sugerido que les dieran un mes de permiso al resto. Por otro lado, Harper entendía perfectamente la taciturnidad de Sharpe, pues la idea de perder todo un mes en la cama de Josefina era como para que hasta un obispo le diera a la ginebra.

–Una maldita semana –gruñó Sharpe–. ¡Condernado ejército de mierda! –Se hizo a un lado del camino y esperó a que la compañía se acercara.

En realidad, su malhumor poco tenía que ver con su permiso truncado, pero no podía reconocer ante Harper la verdadera causa. Recorrió la columna con la mirada, buscando al teniente Slingsby. Ése era el problema. El maldito cabrón del teniente Cornelius Slingsby.

Cuando la compañía alcanzó a Sharpe, los soldados se sentaron al borde del sendero. Gracias a los reclutas venidos de Inglaterra, Sharpe estaba entonces al mando de una tropa de cincuenta y cuatro hombres. Los recién llegados destacaban por sus casacas de un rojo intenso. Los uniformes de los demás soldados habían palidecido bajo el sol y llevaban tantos remiendos de tela portuguesa de color pardo que, desde lejos, tenían más aspecto de vagabundos que de soldados. Slingsby, cómo no, había puesto objeciones.

–Uniformes nuevos, Sharpe –había cotorreado con entusiasmo–. Los soldados tendrán un aspecto más elegante con uniformes nuevos. ¡Un magnífico paño nuevo les dará energía! Deberíamos encargarlos. –Maldito idiota, había pensado Sharpe. Los uniformes nuevos llegarían a su debido tiempo, probablemente en invierno, y no serviría de nada pedirlos antes; además, a los soldados les gustaban sus viejas y cómodas casacas, y también sus mochilas francesas de cuero. Los nuevos soldados llevaban unas mochilas británicas, fabricadas por Trotters, que se aferraban al

pecho de manera que, en una larga marcha, tenías la sensación de que una banda de hierro al rojo te oprimía las costillas. El tormento Trotters, las llamaban, y las mochilas francesas eran mucho más cómodas.

Sharpe fue recorriendo la compañía y ordenó a todos los recién llegados que le dieran sus cantimploras que, como él ya se esperaba, estaban vacías.

–Son unos malditos idiotas –dijo Sharpe–. ¡Tienen que racionarla! ¡Un sorbo cada vez! ¡Sargento Read!

–¿Señor? –Read, un casaca roja metodista, se acercó a Sharpe.

–Asegúrese de que nadie les dé agua, sargento.

–Lo haré, señor. Así lo haré.

A media tarde los nuevos soldados estarían secos como el polvo. Tendrían la garganta hinchada y la respiración áspera, pero al menos no volverían a ser tan estúpidos. Sharpe siguió caminando junto a la columna hacia el teniente Slingsby, que hacía avanzar a la retaguardia.

–No hay rezagados, Sharpe –dijo Slingsby con el entusiasmo de un terrier pensando que merece una recompensa. Era un hombre de baja estatura, espalda recta, hombros fornidos, rebosante de eficiencia–. El señor Iliffe y yo conseguimos que siguieran adelante.

Sharpe no dijo nada. Hacía una semana que conocía a Cornelius Slingsby y durante esa semana le había tomado una aversión que rayaba en lo criminal. No existían motivos para dicho odio, a menos que el hecho de que una persona te cayera mal nada más verla fuera una buena razón; sin embargo, todo en Slingsby irritaba a Sharpe, ya fuera su nuca, plana como la hoja de una pala, sus ojos saltones, su bigote negro, las venas rotas de su nariz, sus risotadas o su modo de andar dándose aires. Al volver de Lisboa, Sharpe se había encontrado con que Slingsby había reemplazado a su teniente, el responsable Robert Knowles, que había sido nombrado ayudante del regimiento.

–Cornelius es como un pariente –le había explicado vagamente a Sharpe el teniente coronel, el honorable William Lawford–, le parecerá un tipo estupendo.

–¿En serio, señor?

–Se alistó tarde –había seguido diciendo Lawford–, que es la razón por la que todavía es teniente. Bueno, es capitán honorífico, por supuesto, pero aun así es teniente.

–Yo me alisté pronto, señor –le había dicho Sharpe–, y todavía soy teniente. Capitán honorífico, por supuesto, pero aun así soy teniente.

–Oh, Sharpe. –El tono de Lawford fue de exasperación–. No hay nadie que tenga más conocimiento de sus virtudes que yo. Si hubiera una capitanía disponible...

–Dejó aquella idea en el aire, aunque Sharpe ya sabía la respuesta.

Lo habían nombrado teniente, lo cual era una especie de milagro para un hombre que se había alistado en el ejército como soldado raso analfabeto, y le habían concedido una capitanía honorífica, cosa que significaba que le pagaban como a un capitán aunque su verdadero grado seguía siendo el de teniente, pero sólo podía conseguir el verdadero ascenso si compraba una capitanía vacante o si Lawford lo ascendía, lo cual era mucho menos probable.

–Yo lo aprecio, Sharpe –había seguido diciendo el coronel–, pero también tengo esperanzas en Cornelius. Tiene treinta años. O tal vez treinta y uno. Es mayor para ser teniente, pero está lleno de entusiasmo, Sharpe, y tiene experiencia. Mucha experiencia.

Ahí estaba el problema. Antes de incorporarse al South Essex, Slingsby había estado en el 55.º, un regimiento que servía en las Antillas, donde la fiebre amarilla había diez-mado las filas de oficiales y, en consecuencia, habían nombrado capitán honorífico a Slingsby, o más aún, capitán de la compañía ligera del 55.º, y como resultado creía saber

tanto como Sharpe sobre los asuntos militares. Lo cual podría haber sido cierto, pero no lo superaba en todo lo relativo al combate.

—Quiero que se haga cargo de él —había concluido el coronel—. Encamínelo, Sharpe, ¿eh?

Lo encaminaría a una muerte temprana, había pensado Sharpe agriamente, pero había tenido que ocultar sus pensamientos, y seguía haciendo todo lo posible para disimular su odio cuando Slingsby señaló la estación telegráfica.

—El señor Iliffe y yo vimos a algunos hombres allí arriba, Sharpe. Una docena de ellos, creo. Y uno de ellos parecía llevar un uniforme azul. No deberían estar ahí arriba, ¿verdad?

Sharpe dudaba que el alférez Iliffe, un oficial recién llegado de Inglaterra, hubiera visto nada, en tanto que él ya se había fijado en los soldados y los caballos hacía quince minutos y desde entonces se había estado preguntando qué estaban haciendo aquellos desconocidos en lo alto de la colina, pues oficialmente la estación telegráfica estaba abandonada. Normalmente la guarnecían unos cuantos soldados que protegían al guardiamarina encargado de manejar las bolsas negras que se izaban y se arriaban por el alto mástil para enviar mensajes de un extremo a otro de Portugal. Pero los franceses ya habían cortado la cadena más al norte, los británicos se habían retirado de aquellas montañas y, por alguna razón, aquella estación no había sido destruida. No tenía sentido dejarla intacta para que la utilizaran los franchutes, de modo que a la compañía de Sharpe la habían separado del batallón y le habían asignado la sencilla tarea de quemar el telégrafo.

—¿Podría ser un francés? —preguntó Slingsby, refiriéndose al uniforme azul. Parecía ansioso, como si quisiera abalanzarse ladera arriba. Rozaba el metro sesenta de estatura y poseía un aire de alerta perpetua.

–Da igual si es un maldito franchute –le dijo Sharpe en tono agrio–, nosotros somos más. Mandaré al señor Iliffe allá arriba para que le pegue un tiro. –Iliffe puso cara de susto. Tenía diecisiete años y aparentaba catorce, un muchacho huesudo cuyo padre le había comprado una oficialía porque no sabía qué hacer con el chico–. Enséñeme su cantimplora –ordenó Sharpe a Iliffe.

Iliffe pareció asustado.

–Está vacía, señor –confesó, y se encogió, como si esperara que Sharpe lo castigara.

–¿Sabe lo que les dije a los soldados que tenían la cantimplora vacía? –le preguntó Sharpe–. Que eran unos idiotas. Pero usted no lo es, porque usted es un oficial y no hay ningún oficial que sea idiota.

–Absolutamente correcto, señor –terció Slingsby, y soltó un resoplido. Siempre resoplaba al reírse, y Sharpe reprimió las ganas de cortarle el cuello a ese mal nacido.

–Resérvese el agua –le dijo Sharpe, que le lanzó de nuevo la cantimplora a Iliffe–. ¡Sargento Harper! ¡Siga marchando!

Tardaron otra media hora en llegar a la cima de la colina. Por lo visto, el edificio parecido a un granero era una ermita, pues había una imagen desportillada de la Virgen María colocada en una hornacina encima de la puerta. La torre telegráfica se había construido contra el hastial del lado este de la ermita, que contribuía a sostener el entramado de gruesos maderos que aguantaban la plataforma sobre la que el guardiamarina llevaba a cabo su arcana habilidad. En aquellos momentos, la torre se hallaba desierta y las cuerdas para hacer señales, amarradas, golpeaban contra el mástil alquitranado, a merced del fresco viento que soplaba en la cima. Las vejigas pintadas de negro se habían retirado, pero las cuerdas que se utilizaban para subirlas y bajarlas seguían en su sitio y de una de ellas colgaba un cuadrado de tela blanca, por lo que Sharpe se preguntó si

aquellos desconocidos de lo alto de la colina habían izado la improvisada bandera para mandar una señal.

Los desconocidos, una docena de civiles, se hallaban junto a la puerta de la ermita y con ellos estaba un oficial de la infantería portuguesa cuya casaca descolorida era de un color azul muy parecido al de los franceses. Fue el oficial quien avanzó a grandes zancadas para ir al encuentro de Sharpe.

—Soy el comandante Ferreira —dijo en buen inglés—, ¿y usted?

—El capitán Sharpe.

—Y yo el capitán Slingsby. —El teniente Slingsby se había empeñado en acompañar a Sharpe para encontrarse con el oficial portugués, al igual que se había empeñado en utilizar su rango honorífico aunque ya no tenía derecho a hacerlo.

—Estoy al mando —dijo Sharpe lacónicamente.

—¿Y cuál es su objetivo, capitán? —quiso saber Ferreira. Era un hombre alto, delgado y moreno, con un bigote muy bien cuidado. Poseía los modales y el porte de una persona privilegiada, pero Sharpe notó cierto desasosiego en el comandante portugués, un desasosiego que Ferreira intentó disimular con unos modales bruscos que incitaron a Sharpe a mostrarse insolente. Venció la tentación y en lugar de eso le dijo la verdad.

—Tenemos órdenes de quemar el telégrafo.

Ferreira miró a los soldados de Sharpe, que estaban llegando desordenadamente a la cima de la colina. Las palabras de Sharpe parecieron sorprenderlo, pero entonces sonrió de un modo poco convincente.

—Lo haré por usted, capitán. Será un placer.

—Llevaré a cabo mis órdenes, señor —replicó Sharpe.

Ferreira intuyó la insolencia y dirigió una mirada socarrona a Sharpe. Por un instante, Sharpe creyó que el comandante portugués iba a dirigirle una reprimenda,

pero, en lugar de eso, Ferreira asintió con un breve movimiento de la cabeza.

–Si insiste –dijo–, pero hágalo enseguida.

–¡Enseguida, señor! –intervino Slingsby con entusiasmo–. ¡No tiene sentido esperar! –Se volvió hacia Harper–. ¡Sargento Harper! Traiga los combustibles, si es tan amable. ¡Vamos, hombre, deprisa!

Harper dirigió una mirada a Sharpe buscando su aprobación a las órdenes del teniente, pero Sharpe no dejó traslucir nada, por lo que el irlandés grandote lanzó un grito a la docena de hombres que iban cargados con unas redes para el forraje de la caballería que estaban repletas de paja. Otros seis hombres llevaban tarros de trementina con la que se empapó la paja que habían amontonado junto a las cuatro patas de la estación telegráfica. Ferreira los observó durante un rato mientras trabajaban y luego regresó para reunirse con los civiles, que parecían preocupados por la llegada de los soldados británicos.

–Todo está preparado, señor –le gritó Harper a Sharpe–, ¿quiere que lo encienda?

Slingsby se anticipó a Sharpe:

–¡No perdamos el tiempo, sargento! –exclamó con tono de eficiencia–. ¡Préndale fuego!

–Espere –gruñó Sharpe, lo que hizo que Slingsby parpadeara ante la aspereza de su tono.

Se suponía que los oficiales debían tratarse con educación delante de los soldados, pero Sharpe había hablado con enojo, y la mirada que lanzó a Slingsby hizo que éste retrocediera un paso, sorprendido. Slingsby puso mala cara, pero no dijo nada, en tanto que Sharpe trepaba por la escalera a la plataforma del mástil que se alzaba a unos cuatro metros y medio por encima de la cumbre. Los tablones tenían tres marcas que indicaban el lugar donde el guardiamarina había colocado su trípode para poder mirar las torres telegráficas vecinas e interpretar sus mensajes. La estación

del norte ya había sido destruida, pero al mirar hacia el sur Sharpe distinguió la siguiente torre en algún lugar al otro lado del río Criz, aún detrás de las líneas británicas. No permanecería detrás de las líneas durante mucho más tiempo, pensó. El ejército del mariscal Masséna estaba invadiendo el centro de Portugal y los británicos se retirarían hacia sus líneas defensivas recién construidas en Torres Vedras. El plan consistía en retirarse a las nuevas fortificaciones, dejar que los franceses se acercaran y entonces acabar con sus inútiles ataques o ver cómo se morían de hambre.

Y para contribuir a que se murieran de hambre, los británicos y los portugueses los estaban dejando sin nada. Se estaban vaciando todos los graneros, despensas y almacenes. Las cosechas se incendiaban en los campos, los molinos se destruían y los pozos se contaminaban con cuerpos de animales muertos. Los habitantes de todas las ciudades y pueblos del centro de Portugal eran desalojados junto con sus animales de cría, con órdenes de dirigirse al otro lado de las líneas de Torres Vedras o de subir a las altas montañas, donde los franceses no se animarían a seguirlos. La intención era que el enemigo se encontrara con una tierra arrasada, desprovista de todo, incluso de las cuerdas de los telégrafos.

Sharpe desató una de las cuerdas para hacer señales y bajó la bandera blanca, que resultó ser un gran pañuelo de hilo de buena calidad, con un cuidadoso dobladillo y las iniciales PAF bordadas en color azul en una esquina. ¿Ferreira? Sharpe bajó la mirada hacia el comandante portugués que lo estaba observando.

–¿Es suyo, comandante? –le preguntó Sharpe.

–No –le respondió Ferreira.

–Entonces es mío –repuso Sharpe, y se guardó el pañuelo en el bolsillo. Vio la expresión de ira de Ferreira y le resultó divertida–. Quizá quiera trasladar a esos caballos –con un gesto de la cabeza señaló a los animales que esta-

ban atados a unas estacas junto a la ermita— antes de que quememos la torre.

—Gracias, capitán —le dijo Ferreira en tono gélido.

—¿La quemamos ya, Sharpe? —preguntó Slingsby desde el suelo.

—No hasta que no haya bajado de la maldita plataforma —respondió Sharpe con un gruñido.

Echó un último vistazo a su alrededor y vio una pequeña neblina de humo de pólvora de un gris blanquecino a lo lejos, al sureste. Sacó el catalejo, el valioso anteojo que le había regalado sir Arthur Wellesley, entonces lord Wellington, lo apoyó en la balaustrada, se arrodilló y miró hacia el humo. Vio poca cosa, pero le pareció que estaba observando a la retaguardia británica en acción. La caballería francesa debía de haberse acercado demasiado y un batallón disparaba descargas con el apoyo de los cañones de la Real Artillería Montada. Le llegaba el suave ruido sordo de las armas en la distancia. Movi6 el anteojo hacia el norte, la lente se desplazó por una agreste campiña de montañas, rocas y áridos pastos, y allí no había nada, nada en absoluto, hasta que de repente vio un atisbo de un verde distinto, hizo retroceder de nuevo el catalejo brusca- mente, lo detuvo y los vio.

Caballería. Caballería francesa. Dragones con guerreas de color verde. Se hallaban al menos a un kil6metro y medio de distancia, en un valle, pero se dirigían hacia la estación telegráfica. Sus hebillas, bocados y estribos brillaban con los reflejos de la luz del sol, y Sharpe intentó contarlos. ¿Cuarenta? Sesenta hombres, tal vez; era difícil de precisar, puesto que el escuadrón serpenteaba entre las rocas de lo más profundo del valle e iba del sol a la sombra. No parecían tener demasiada prisa, y Sharpe se preguntó si los habrían enviado a capturar la estación telegráfica, que serviría a los franceses que avanzaban del mismo modo que había servido a los británicos.

–¡Tenemos compañía, sargento! –le gritó Sharpe a Harper. El decoro y la cortesía requerían que se lo hubiera dicho a Slingsby, pero Sharpe a duras penas podía dirigirle la palabra a ese hombre, de manera que se dirigió a Harper en vez de a él–. Un escuadrón de cabrones de verde, como mínimo. Están a un kilómetro y medio de distancia, pero llegarán dentro de pocos minutos. –Cerró el catalejo, descendió por la escalera y le hizo un gesto con la cabeza al sargento irlandés–. Hágala arder –dijo.

La paja empapada de trementina ardió con unas llamas vivas y altas, pero los grandes maderos del andamiaje tardaron unos momentos en prender. Los soldados de la compañía de Sharpe, como siempre fascinados por la destrucción deliberada, se quedaron mirando con admiración y soltaron una pequeña ovación cuando finalmente la plataforma empezó a arder. Sharpe se había dirigido al borde este de la pequeña cima, pero, sin la altura que le proporcionaba la plataforma ya no pudo ver a los dragones. ¿Se habrían dado media vuelta? Si tenían la esperanza de capturar la torre de señales intacta, quizás habrían decidido cejar en su empeño al ver el humo que se alzaba desde la cima.

El teniente Slingsby se reunió con él.

–No quiero hacer un problema de esto –dijo en tono quedo–, pero acaba de hablarme con mucha aspereza, Sharpe, con mucha aspereza, la verdad.

Sharpe no dijo nada. Se estaba imaginando el placer de destripar a ese pequeño cabrón.

–No es que me moleste personalmente –siguió diciendo Slingsby en voz baja–, pero no hace ningún bien a los hombres. Ningún bien. Reduce su respeto por los oficiales del rey.

Sharpe sabía que merecía su reprobación, pero no estaba dispuesto a ceder ni un ápice ante Slingsby.

–¿Cree que los soldados respetan a los oficiales del rey? –le preguntó.

–Naturalmente. –Slingsby parecía escandalizado por la pregunta–. ¡Por supuesto!

–Yo no lo hacía –repuso Sharpe, y se preguntó si era ron lo que había oído en el aliento de Slingsby–. Yo no respetaba a los oficiales del rey cuando marchaba con la tropa –prosiguió, decidiendo que se había imaginado lo del olor–. La mayoría me parecían unos payasos mal nacidos demasiado bien pagados.

–Sharpe –le reconvino Slingsby, pero, fuera lo que fuera lo que estaba a punto de decir, murió en su boca cuando vio aparecer a los dragones por la ladera más baja.

–Son unos cincuenta –dijo Sharpe–, y vienen hacia aquí.

–¿Quizá tendríamos que desplegarlos? –Slingsby señaló la ladera oriental, salpicada de rocas que podrían ocultar muy bien a una línea de tiradores. El teniente enderezó la espalda y juntó los tacones de sus botas de golpe–. Sería un honor conducir a los soldados hacia el pie de la colina, Sharpe.

–Puede que fuera un maldito honor –repuso Sharpe en tono sarcástico–, pero aun así sería un condenado suicidio. Si vamos a combatir a esos cabrones –siguió diciendo–, será mejor que lo hagamos en lo alto de una colina y no desperdigados en mitad de una ladera. A los dragones les gustan las líneas de tiradores, Slingsby. Les permiten practicar con la espada. –Se volvió a mirar hacia la ermita. En la pared que tenía enfrente había dos ventanas pequeñas con postigos y le pareció que bien podrían servir de espilleras si tenía que defender la cima–. ¿Cuánto falta para la puesta de sol?

–Tres horas menos diez minutos –contestó Slingsby al instante.

Sharpe soltó un gruñido. Dudaba que los dragones atacaran, pero si lo hacían podría retenerlos sin problemas hasta el anochecer, y un dragón no se quedaría en te-

territorio hostil después de la puesta de sol por miedo a los partisanos.

–Quédese aquí –ordenó a Slingsby–, vigílelos y no haga nada sin preguntarme. ¿Lo ha entendido?

Slingsby pareció ofendido, y tenía todo el derecho a estarlo.

–Pues claro que lo he entendido –respondió en tono de protesta.

–No se lleve a los soldados de la cima, teniente –dijo Sharpe–, es una orden. –Se encaminó hacia la ermita a grandes zancadas, preguntándose si sus hombres podrían abrir unas cuantas troneras en sus viejas paredes de piedra. No tenían las herramientas adecuadas, ni mazos ni palancas, pero la mampostería tenía aspecto de ser antigua y la argamasa se desmenuzaba.

Para su sorpresa, el comandante Ferreira y uno de los civiles le impidieron acercarse a la puerta de la ermita.

–La puerta está cerrada, capitán –dijo el oficial portugués.

–Pues la echaré abajo –respondió Sharpe.

–Es un santuario –replicó Ferreira en tono de reprocción.

–Entonces rezaré pidiendo perdón cuando la haya derribado –dijo Sharpe, e intentó pasar junto al comandante, que alzó una mano para detenerlo. Sharpe puso cara de exasperación–. Hay cincuenta dragones franceses que vienen hacia aquí, comandante –le explicó Sharpe–, y voy a utilizar la ermita para proteger a mis hombres.

–Ya ha hecho su trabajo –le dijo Ferreira con aspereza– y debería marcharse. –Sharpe no respondió; en lugar de eso intentó pasar entre los dos hombres una vez más, pero ellos seguían impidiéndoselo–. Le estoy dando una orden, capitán –insistió el oficial portugués–. Márchese ahora.

El civil que estaba con Ferreira se había quitado el abrigo y se había remangado la camisa dejando al descu-

bierto unos brazos enormes, ambos tatuados con unas anclas entrelazadas. Hasta entonces Sharpe no había prestado mucha atención a aquel hombre, aparte de quedar impresionado por su físico imponente, pero entonces miró al civil a la cara y vio pura animadversión. Aquel hombre tenía una constitución de boxeador, iba tatuado como un marinero y su rostro salvaje, lleno de cicatrices y de una fealdad pasmosa, transmitía un mensaje inequívoco. Tenía las cejas gruesas, la mandíbula grande, la nariz chata y unos ojos que eran como los de una bestia. No denotaba nada más que un deseo de luchar. Y quería que fuera una pelea de hombre a hombre, puño contra puño, por lo que pareció decepcionado cuando Sharpe retrocedió un paso.

–Veo que es un hombre sensato –le dijo Ferreira con voz suave.

–Soy famoso por ello –repuso Sharpe, que alzó la voz–: ¡Sargento Harper!

El irlandés grandote apareció por una esquina de la ermita y vio la confrontación. El gigante, más alto y ancho de espaldas que Harper, que era uno de los hombres más fuertes del ejército, tenía los puños apretados. Parecía un bulldog esperando a que lo soltaran, y Harper sabía cómo tratar a los perros locos. Dejó que el fusil de cañones múltiples se deslizara de su hombro. Era un arma curiosa, fabricada para la Armada Real con el objetivo de ser utilizada desde la cubierta de un barco para eliminar a los tiradores enemigos situados en las cofas. El arma consistía en siete cañones de media pulgada agrupados que se disparaban mediante una única llave de chispa y en el mar había resultado demasiado potente, pues la mayoría de las veces le rompía el hombro al soldado que la disparaba, pero Patrick Harper, que era lo bastante corpulento para hacer que el fusil de siete cañones pareciera pequeño, encañonó con despreocu-

pación al mastodonte que impedía el paso a Sharpe. El arma no estaba amartillada, pero ninguno de los civiles pareció darse cuenta de ello.

—¿Tiene algún problema, señor? —preguntó Harper en tono inocente.

Ferreira pareció alarmado, y con razón. La aparición de Harper había empujado a otros civiles a desenfundar sus pistolas y de pronto la ladera se llenó de los chasquidos del retroceso de los pedernales. El comandante Ferreira, que se temía un baño de sangre, les espetó que bajaran las armas. Nadie obedeció hasta que el gigante, el bruto armado únicamente con los puños, les lanzó un gruñido, y entonces bajaron los percutores apresuradamente y se enfundaron las pistolas con cara de temer la desaprobación de aquella mole. Todos los civiles eran unos bribones de aspecto duro que a Sharpe le recordaban a los asesinos que dominaban las calles del este de Londres, donde había pasado su niñez; sin embargo, el cabecilla, el hombre de rostro salvaje y cuerpo musculoso, era el más extraño y temible de todos. Era un luchador callejero, lo cual era obvio a juzgar por la nariz rota y las cicatrices en la frente y las mejillas, pero también era un hombre adinerado, pues su camisa de lino era de excelente calidad, sus pantalones estaban confeccionados con el mejor paño y sus botas con borlas doradas eran de un costoso cuero blando. Tenía aspecto de tener unos cuarenta años, en la flor de la vida, seguro de sí mismo meramente por su tamaño. El hombre miró a Harper, sin duda evaluando al irlandés como posible contrincante, entonces sonrió inesperadamente y recogió su abrigo, que sacudió con la mano antes de ponérselo.

—Lo que hay en la ermita —el hombre grandote dio un paso hacia Sharpe— es de mi propiedad. —Habló en inglés, con un marcado acento y voz carraspeña.

—¿Y quién es usted? —quiso saber Sharpe.

–Permítame que le presente al *senhor* –empezó a responder Ferreira.

–Me llamo Ferragus –interrumpió el gigante.

–Ferragus –repitió Ferreira, y entonces le presentó a Sharpe–: *Capitão* Sharpe. –Se encogió de hombros mirando a Ferragus, como para sugerir que los acontecimientos se escapaban a su control.

Ferragus descollaba sobre Sharpe.

–Su trabajo aquí ya ha terminado, capitán. La torre ya no está, de modo que puede irse.

Sharpe retrocedió para apartarse de aquel hombre enorme, fue hacia un lado, pasó junto a él y cuando se dirigía hacia la ermita oyó el sonido característico de la llave del fusil de cañones múltiples cuando Harper lo amartilló.

–Ahora tengan cuidado –dijo el irlandés–, basta con un temblor para que este cabrón se dispare, y le dejaría la camisa hecha un asco, señor. –Ferragus se había dado la vuelta, sin duda para interceptar a Sharpe, pero aquella arma enorme lo detuvo.

La puerta de la ermita no estaba cerrada con llave. Sharpe la empujó para abrirla. Sus ojos tardaron un momento en adaptarse desde la brillante luz del sol a las negras sombras de la ermita, pero luego vio lo que había allí dentro y soltó una maldición.

Había esperado encontrarse un santuario vacío, igual que las docenas que ya había visto, pero, en cambio, el pequeño edificio estaba lleno de sacos amontonados, tantos sacos que el único espacio que quedaba era un estrecho pasadizo que conducía a un burdo altar en el cual había una imagen de la Virgen María vestida de azul y engalanada con papelitos que habían dejado allí los campesinos desesperados que acudían a la cima de la colina en busca de un milagro. La Virgen miraba entonces los sacos con tristeza mientras Sharpe desenvainaba la espada y pinchaba uno de ellos. Se vio recompensado con un chorro de ha-

rina. Probó con otro saco y más harina espolvoreó el desnudo suelo de tierra. Ferragus había visto lo que Sharpe había hecho y arengó a Ferreira, quien, de mala gana, entró en la ermita.

–La harina se encuentra aquí con conocimiento de mi Gobierno –dijo el comandante.

–¿Puede demostrarlo? –le preguntó Sharpe–. Tendrá algún papel, ¿verdad?

–Esto es asunto del Gobierno portugués –repuso Ferreira con rigidez–, y usted va a marcharse de aquí.

–Tengo órdenes –replicó Sharpe–. Todos nosotros tenemos órdenes. No hay que dejar comida para los franceses. No hay que dejar nada. –Pinchó otro saco y entonces fue cuando Ferragus entró en la ermita, ensombreciendo la entrada con su mole. Avanzó de un modo alarmante por el estrecho pasadizo entre los sacos, llenándolo; Sharpe soltó una repentina y fuerte tos, y arrastró los pies por el suelo mientras Ferreira se apretujaba contra los sacos para dejar pasar a Ferragus.

El gigantón tendió una mano a Sharpe. En ella llevaba monedas, monedas de oro, tal vez una docena de unas gruesas monedas de oro más grandes que las guineas inglesas y cuyo valor ascendía probablemente a tres años de salario de Sharpe.

–Usted y yo podemos hablar –dijo Ferragus.

–¡Sargento Harper! –exclamó Sharpe dirigiendo su voz más allá de la imponente figura de Ferragus–. ¿Qué están haciendo esos malditos franchutes?

–Guardan las distancias, señor. Se mantienen alejados, eso es.

Sharpe miró a Ferragus.

–No le sorprende que se acerquen dragones franceses, ¿verdad? Los estaban esperando, ¿no es así?

–Le estoy pidiendo que se vaya –dijo Ferragus, que se acercó más a Sharpe–. Estoy siendo educado, capitán.

–Duele, ¿no es cierto? –dijo Sharpe–. ¿Y si no me voy? ¿Y si cumplo mis órdenes, *senhor*, y me deshago de esta comida?

Obviamente, Ferragus no estaba acostumbrado a que lo desafiaran, porque pareció temblar, como si se obligara a mantener la calma.

–Puedo llegar a su pequeño ejército, capitán –dijo con su voz grave–, puedo encontrarle y puedo hacer que lamente este día.

–¿Me está amenazando? –preguntó Sharpe, asombrado. El comandante Ferreira, detrás de Ferragus, hizo unos sonidos tranquilizadores, pero ninguno de los dos le hizo caso.

–Coja el dinero –dijo Ferragus.

Cuando Sharpe había tosido y frotado los pies contra el suelo, estaba haciendo ruido para ahogar el sonido de su rifle cuando lo amartilló. Lo llevaba colgando del hombro derecho, el cañón por detrás de la oreja, y entonces llevó la mano derecha hacia el gatillo. Sharpe miró las monedas y Ferragus debió de pensar que lo había tentado, puesto que le acercó más el oro, pero Sharpe le miró a los ojos y apretó el gatillo.

El disparo alcanzó las tejas del techo e inundó la ermita de polvo y ruido. El estrépito ensordeció a Sharpe y distrajo a Ferragus durante medio segundo, el medio segundo que Sharpe tardó en estrellar la rodilla derecha contra la entepierna de aquel hombre, a lo que siguió una arremetida con los dedos rígidos de la mano izquierda contra los ojos de Ferragus y luego la mano derecha, con el puño cerrado, cayendo sobre su nuez. Sharpe consideraba que no habría tenido ninguna posibilidad en una pelea limpia, pero, al igual que Ferragus, Sharpe pensaba que las peleas limpias eran para los idiotas. Sabía que tenía que tumbar a Ferragus deprisa y hacerle tanto daño que el grandullón no pudiera defenderse, y lo había hecho en

el tiempo de un latido de corazón, puesto que el hombre estaba doblado en dos, embargado por el dolor y respirando con dificultad; Sharpe lo apartó del pasillo arrastrándolo hacia el espacio que había frente al altar y a continuación pasó junto a un horrorizado Ferreira.

—¿Tiene algo que decirme, comandante? —le preguntó Sharpe, y cuando Ferreira meneó la cabeza sin mediar palabra, volvió a salir a la luz del sol—. ¡Teniente Slingsby! —gritó—. ¿Qué están haciendo esos malditos dragones?

—Se mantienen a distancia, Sharpe —respondió Slingsby—. ¿Qué fue ese disparo?

—Le estaba enseñando a un portugués cómo funciona un rifle —dijo Sharpe—. ¿A qué distancia están?

—A unos ochocientos metros como mínimo. Al pie de la colina.

—Vigíelos —le ordenó Sharpe—, y quiero a treinta soldados aquí enseguida. ¡Señor Iliffe! ¡Sargento McGovern!

Dejó al alférez Iliffe a cargo nominal de los treinta soldados que tenían que sacar los sacos de la ermita. Una vez fuera, los sacos se rajaron y su contenido se esparció por la cima de la colina. Ferragus salió cojeando de la ermita y sus hombres parecían confusos y enojados, pero se hallaban en gran inferioridad numérica y no podían hacer nada. Ferragus había recuperado el aliento, aunque le estaba costando mantenerse derecho. Le habló a Ferreira con amargura, pero el comandante logró hacer entrar en razón al grandullón hasta que, finalmente, todos montaron en sus caballos y, dirigiéndole una última mirada resentida a Sharpe, se alejaron por el camino del oeste.

Sharpe los observó mientras se retiraban y luego fue a reunirse con Slingsby. La torre telegráfica, que ardía vivamente a sus espaldas, se derrumbó de pronto con un enorme chasquido y una explosión de chispas.

—¿Dónde están los franchutes?